

La agricultura y la sociedad rural en la obra de Julio Caro Baroja (1914-1995)

Cristóbal Gómez Benito

1. BREVE APUNTE SOBRE LA BIOGRAFÍA INTELLECTUAL Y LA METODOLOGÍA DE JULIO CARO BAROJA

La obra de Caro Baroja presenta una de los perfiles académicos más complejos y originales del panorama español de las ciencias sociales y de las humanidades del siglo XX, una obra inmensa y difícil de clasificar, como dice Morales Moya (2005:10). Por formación original y básica, se le considera sobre todo historiador y antropólogo, pero su obra le acredita también como lingüista y ensayista, y él se consideró sobre todo un humanista. El mismo Julio Caro Baroja, reconocido sobre todo como historiador y antropólogo, gustaba de reconocerse como erudito y humanista, y realmente lo fue en el sentido permanente del término¹. Dentro de los campos disciplinares que cultivó, abordó multitud de temas impulsado por su inagotable curiosidad y su vasta erudición. Personaje singular, alejado voluntariamente de toda actividad docente regular y de la Universidad, solitario contumaz, individualista fervoroso, de carácter independiente y alérgico a las escuelas y a las etiquetas, fue un precursor en muchos campos y temas de estudio y en enfoques y métodos. A Caro Baroja se le puede considerar uno de los pocos y más valiosos eslabones (por su permanencia en España y su peculiar posición)

Fecha de recepción del original: Junio de 2007. Versión definitiva: Junio de 2007.

■ *Cristóbal Gómez Benito es profesor titular de Sociología en la UNED. Dirección para correspondencia: Departamento de Sociología II (Estructura Social), Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, c/ Obispo Trejo s/n, 28040 Madrid. cgomez@poli.uned.es*

¹ En el prólogo de su libro *La ciudad y el campo*, dice: «este es un libro de un hombre que, después de creer que iba a ser arqueólogo, antropólogo y otras cosas más, muy propias de la sociedad moderna, se convenció de que era aprendiz de humanista, a la antigua, y que en este vía tenía aún mucho que hacer».

entre la generación de los científicos sociales y humanistas anteriores a la Guerra Civil y la nueva generación que empieza a renovar estos campos desde finales de los años sesenta. Por otra parte, fue el introductor y guía de muchos de los primeros antropólogos extranjeros que llegaron a nuestro país desde los años cincuenta y que pusieron la primera piedra en la renovación reciente de los estudios en esta área en España². Su magisterio, a pesar de que su labor transcurrió prácticamente fuera de la Universidad, ha sido reconocido por muchos. Un magisterio que cobra mayor realce por cuanto está libre de todo mecanismo de reproducción de escuela, grupo o clientela académicos.

Julio Caro Baroja (1914-1995) era hijo del editor Rafael Caro Reggio y de Carmen Baroja, hermana del novelista Pío Baroja y del pintor Ricardo Baroja. Ambos (especialmente su tío Pío) tendrían una gran influencia en su formación y carácter. De su tío Ricardo heredó también su afición por la pintura y el dibujo, que tanta importancia tendrían en sus estudios etnográficos (un material de primera importancia) y en sus estampas costumbristas de tipos, paisajes y situaciones, no pocas veces de carácter jocosos y en las que están presentes personajes reales y míticos. La juventud de Julio Caro Baroja se desenvuelve en el entorno rural de la localidad navarra de Vera de Bidasoa, lugar de la casa familiar de Itzea, en cuya riquísima biblioteca encontró su primera y permanente Universidad. Como dice su hermano Pío (1995: 557) ese entorno estaría para siempre presente en su vida y fue el ámbito y objeto de sus primeras investigaciones. Sus palabras nos trasladan expresivamente a él: «*En Vera... oyó a los viejos contar historias de brujas y aquelarres, a la vez que vivía en un ambiente rural. Labores, aperos, trabajos artesanos, configuraron su conocimiento de la vida desde la infancia... Al anochecer, junto al fuego, oía los cuentos de mi abuela y escuchaba a sus tíos hablar de arte, de literatura o filosofía. Era un aprendizaje diario que le iba dejando su poso cultural, un sustrato natural rico en elementos que fue completando con sus aficiones y gustos...*». Precisamente esta circunstancia, la de reunir en la misma persona al erudito e investigador de sólida formación y mirada perspicaz con la de sujeto personalmente involucrado y con experiencia vital directa de ese entorno, es lo que acrecienta el interés y la validez de sus estudios. Hay miradas que sólo se pueden lograr aunando la formación académica, profesional, con la experiencia personal del sujeto, y eso ocurre en la obra de Julio Caro Baroja sobre la sociedad tradicional rural vasco-navarra, y es lo que da una viveza especial a sus escritos sobre estos temas. En esto recuerda a los estudios de sociología rural de Pierre Bourdieu sobre su región natal. Como ha señalado Morales Moya (2005: 9), hay en Caro Baroja una relación muy estrecha entre la vida y la obra, y en este sentido la influencia familiar fue decisiva (Greenwood, 1971: 91; Caro Baroja, 1978).

Fue discípulo de los antropólogos y arqueólogos vascos Telesforo Aranzadi y José María Barandiarán, y también de Hermann Trimborn y Hugo Obermaier, a quienes debe su temprano interés y su formación inicial por la historia y a la etnografía, y recibió orientación de Gómez Moreno y de Menéndez Pidal. Se doctoró en Historia Antigua por la Universidad de Madrid en 1941, con una tesis sobre «*Viejos cultos y viejos ritos en el folklore de España*». Fruto de su formación y de los maestros que tuvo, sus primeros tra-

² Véase su prólogo a la edición de 1974 de sus trabajos sobre Vera de Bidasoa, *De la vida rural vasca* (1974a: 14)

bajos, publicados entre 1929 y 1936, versan sobre etnografía rural y agraria vasco-navarra³. Y fruto también de estas influencias es que su mirada como estudioso abarque desde la prehistoria al mundo presente. Greenwood (1971: 92) señala que entre 1930 y 1936 profundizó en la antropología social inglesa y norteamericana, familiarizándose con la obra de Tylor, Frazer, Lowie, Goldenweiser, Radcliff-Brown, Evans-Pritchard y Boas, y en los años cuarenta mantuvo estrechas relaciones con los antropólogos extranjeros que trabajaron en España, especialmente con George Foster y Julián Pitt-Rivers, que, respectivamente, le facilitaron sendas estancias en Estados Unidos (una beca de la Fundación Wenner Gren en 1951 para estudiar Antropología y Etnografía) y en Inglaterra (una beca del British Council para estudiar en Oxford Antropología Social).

En 1943 comenzó su fugaz paso por la Universidad española como ayudante en las Cátedras de Historia Antigua de España y de Dialectología en la Universidad de Madrid, en las que apenas permaneció dos años y ocupó las secretarías del Instituto Bernardino de Sahún del CSIC, en Madrid, y del Centro de Etnología Peninsular, en Barcelona (Pérez Olló, 1955: 563-568). En 1944 se hace cargo del recién creado Museo del Pueblo Español, también en Madrid, que ocupó durante diez años sin lograr sacarlo adelante, ante la indiferencia administrativa. En esos años dirigió la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*. En 1953 se dedica a los estudios saharianos, con trabajo de campo de nueve meses en el Sahara español. Entre 1957 y 1960 imparte Etnología General en la Universidad de Coimbra y ese mismo año marcha a París como director de Estudios de la Sección de Historia Social y Económica de la École Pratique des Hautes Etudes; en 1973 imparte un curso en la Universidad de Winsconsin. Desde ese año alterna la docencia en cursos especializados en diversas instituciones y la investigación con los artículos periodísticos.

El método de Julio Caro Baroja es considerado el iniciador del llamado enfoque histórico-cultural, aunque él huyó de toda etiqueta y encasillamiento en tal o cual escuela. Su perspectiva integra por igual la antropología cultural y la historia social (Greenwood, 1971: 79). En sus investigaciones no sólo demostró un conocimiento extraordinario de las fuentes históricas y una muy notable capacidad de observación como etnógrafo, sino que en muchos de sus trabajos usa por igual ambas fuentes de información empírica; supo además encontrar en la literatura y en los textos clásicos fuentes de pensamiento y de información de relevancia antropológica o sociológica para el conocimiento de la realidad social (Morales Moya, 2005: 8-9). Considera la utilización de la documentación histórica junto con la observación etnográfica absolutamente necesaria, tratándose de sociedades europeas con una larga historia escrita, lo que le aleja de los postulados dominantes del estructural-funcionalismo de estrecha orientación sincrónica.

³ Su primera obra publicada es «*Algunas notas sobre la casa en la villa de Lesaka*» (*Anuario de Eusko-Folklore*, IX, 1929: 69-91). Este trabajo y sus primeros dibujos fueron incluidos en su primer libro: *Tres estudios etnográficos relativos al País Vasco*, publicado en Madrid en 1934 por la editorial familiar Caro Regio, con prólogo de Barandiarán.

En sus textos encontramos pocas veces desarrollos teóricos elaborados y explícitos. Poco amigo de las construcciones teóricas y las generalizaciones excesivas y poco fundamentadas empíricamente Comparto con Greenwood (1971:89) la opinión de que la mayoría de las veces deja sus intenciones e interpretaciones tan entretreídas en el texto que no resulta fácil determinar las metas de la obra ni su relación con otras interpretaciones de los mismos temas; a menudo proporciona poca información previa sobre sus propósitos teóricos. El lector muchas veces tiene la sensación de que el texto está incompleto o termina sin conclusiones, abruptamente. Pero la lectura atenta encuentra abundantes implicaciones teóricas y la consistencia de sus desarrollos. Primó siempre la observación atenta, la descripción rigurosa y detallada, la utilización de todo tipo de fuentes históricas, desde los archivos de familia a los censos, catastros y relaciones, desde la literatura popular al teatro o la novela, y la documentación municipal y eclesíástica a la documentación administrativa estatal o los protocolos notariales⁴.

No pocos de sus trabajos pueden considerarse «ensayos», son apuntes o notas en los que desarrolla de forma breve una idea sobre idea, no son trabajos cerrados. Pero no cultivó el «ensayo» como género literario, cuyos peligros están en «su *propia respetabilidad aparente*», es decir, en servir de amparo a meras divagaciones, afirmaciones rotundas, sin apoyo documental, sin el conocimiento producido de primera mano por uno mismo⁵. Por contraste, reivindica el trabajo disciplinado, el rigor en la observación, en el manejo de las fuentes, la observación, en fin, de todo lo que tiene que ver con la vida y la realidad de las gentes.

Otro de los rasgos más destacados de su metodología es la atención tanto a la pauta, a la regularidad, como a la diferencia, la variación; a la importancia de lo local sobre la sociedad mayor, del contexto social, político o económico global, las relaciones entre «historia chica» e «historia grande»; su interés por la vida y las situaciones concretas, por los conflictos, las pasiones, la violencia, las contradicciones..., por los aspectos humanos frente a las construcciones abstractas a lo Lévi-Strauss o la armonía estructural-funcionalista (aunque es de los primeros en introducir estos conceptos (estructura y función) en la historia social en nuestro país) o las síntesis y sistematizaciones excesivas más o menos unidimensionales, resultando así una antropología histórica o una historia social etnográfica o etnohistoria, donde se conjuga lo objetivo con lo subjetivo, lo sociológico con lo psicológico (Morales Moya, 2005). Un hacer historiográfico que combina los diferentes tiempos (la larga y la corta duración, en la terminología de Braudel), que trata sobre el «tiempo de las cosas» o el «tiempo como dimensión de las cosas» (1974a: 18); que trata de deshacer mitos esencialistas (como los de corte etnicista) sobre las identidades colectivas, cuyo reduccionismo denuncia, mostrando su carácter múltiple y cambiante, que «responden a la tensión entre continuidad y cambio»; o la crítica de lugares comunes académicos cuyo origen viene de lejos y se proyecta sobre los conceptos científicos; o el complicado juego de articulaciones de las clases con solidari-

⁴ La obra de Caro Baroja proporciona al historiador actual numerosas pistas de fuentes históricas de muy diversas épocas y de gran utilidad para la historia social y económica rural.

⁵ *Papeles de Son Armadáns*, V, XIV (mayo 1957: 161-176), reproducido en *Homenaje a Julio Caro Baroja* (1995: 593-596).

dades verticales, como los linajes o los bandos, o, en fin, de la dialéctica entre lo individual y lo colectivo.

Como etnógrafo Caro Baroja defiende en muchas ocasiones la etnografía frente a las pretensiones académicas de la antropología social (por ejemplo en 1974a: 16 y ss.). Y este interés por el estudio etnográfico detallado y particular va parejo de su interés por la cultura material y sus conexiones con lo social y lo espiritual o mental. Su defensa es a la vez una crítica de las modas intelectuales. Su perspectiva histórica le permitió atender siempre a la historicidad del conocimiento antropológico aplicado a Europa, a las relaciones entre la pequeña comunidad y la organización estatal y la sociedad mayor o los hechos políticos generales (1974a:17), y a cuestionar por ello las generalizaciones amplias. Sus descripciones resultan, en suma, cuadros vivos de la vida rural de las distintas etapas históricas.

2. UN INTENTO DE CLASIFICACIÓN DEL CORPUS AGRARIO Y RURAL DE CARO BAROJA

Las aportaciones de Caro Baroja a los estudios rurales se pueden agrupar en tres grandes «corpus» o conjuntos de obras: 1) Tal vez el más numeroso sea el dedicado al estudio de la vida tradicional española, que es sobre todo la vida de las comunidades rurales tradicionales (y de sus cambios), y abarca desde la religiosidad y el folklore hasta la organización doméstica. 2) De parecido nivel por el número de obras es el conjunto de estudios dedicados a la etnografía de los pueblos españoles, que abarca desde el paisaje a las creencias, pasando por la economía y la organización social, predominando los trabajos sobre el País Vasco y Navarra. 3) Por último, es importante el conjunto dedicado al estudio de la tecnología y la cultura material popular, que dado que se trata de tecnologías y cultura material de las sociedades rurales tradicionales, suele versar sobre cultura material y tecnología agrarias. Los dos primeros conjuntos los abordo bajo el epígrafe «Historia y etnografía de la vida tradicional rural española», mientras que el tercero lo abordo en un epígrafe del «Tecnología y cultura material de las sociedades rurales tradicionales». He identificado otros cuatro pequeños conjuntos que destacan sobre todo por la temática y su tratamiento, cuya lectura presenta a mi juicio un interés actual notable: «Las relaciones campo-ciudad o los viejos lugares comunes», «Sobre áreas culturales y geográficas», «La crisis de la sociedad rural tradicional» y «El inverso ideológico de la sociedad rural tradicional».

En las páginas que siguen pretendo hacer una aproximación a la obra de Julio Caro Baroja relacionada con la agricultura y el mundo rural, que ocupó una parte significativa de su producción intelectual como historiador y como antropólogo o etnógrafo. Al estudiar la cultura tradicional, gran parte de sus trabajos versan sobre las culturas y sociedades rurales. Son análisis de la religiosidad popular, de las festividades y rituales rurales, de las creencias y mitologías populares, o de la cultura material, y gran parte de esas manifestaciones culturales y sociales están muy vinculadas al mundo agrario. Pero presentar un análisis de todos estos trabajos excede mi capacidad y la amplitud y sentido de este artículo, por lo que me limitaré a comentar las aportaciones que tienen mayor

interés para un estudio actual de los temas agrarios y rurales más socioeconómicos, o las que permiten apreciar mejor sus ideas y su metodología. De otros trabajos que por su contenido pueden interesar también al estudio actual de la sociedad rural sólo haré mención en relación con los grandes campos temáticos en los que he agrupado su producción intelectual sobre el mundo rural y por su conexión con las obras comentadas con más detalle.

En muchos de estos estudios el autor nos ofrece un cuadro vivo de los fenómenos estudiados y de sus transformaciones, y a través de ellos de la permanencia y del cambio en la sociedad rural, cuando se encontraba a las puertas de su derrumbe como mundo social y cultural, lo que añade valor historiográfico a sus estudios. Al interés de sus análisis de la sociedad rural tradicional, de su perspectiva y de su metodología, se añade el hecho de que sus descripciones resultan ahora, entre treinta y setenta años después, una fuente histórica de enorme valor para el estudio de la sociedad rural tradicional y de sus transformaciones, de las cuales Caro Baroja fue testigo y cronista, analista y evocador.

2.1. Las relaciones entre la ciudad y el campo y los viejos lugares comunes

Cuando en los primeros años setenta iniciaba mis primeros pasos entre la antropología y la sociología rural me encontré, como casi todos los estudiosos de estos temas, con el problema de la definición de lo rural y de su ámbito espacial⁶. Un problema escurridizo como pocos y cuya dificultad mi bisoñez atribuía a mi escasa formación. Años después podría comprobar que los intentos de definir lo rural y lo urbano como categorías sociológicas, y no meros referentes geográficos, han producido ríos de tinta, con resultados desalentadores. Son un tipo de conceptos que se resisten a una definición científica, y mucho más si se trata de hacer operativa. Desde la sociología rural los intentos han sido innumerables, siendo la teoría del continuo rural-urbano su elaboración más acabada. No viene al caso entrar en detalles sobre ello y sobre la crítica y superación de ese debate (Newby, 1980). Pero si siempre fue una cuestión escurridiza, en la actualidad lo es mucho más, pues la desagrarización del mundo rural, los cambios producidos en ella y la movilidad de la sociedad actual han dejado obsoleta esa dicotomía que tradicionalmente se ha dado por supuesta. En la actualidad el interés por esta definición se ha desplazado de las definiciones objetivistas a las subjetivistas, al albur de las orientaciones cognitivistas predominantes, más interesadas por las percepciones y las construcciones sociales que por el análisis de una realidad «objetiva», como si ante los frutados intentos de lograr una definición objetiva de lo urbano y de lo rural se reconociera que lo importante es lo que los actores piensan que es una cosa y otra.

Pero volviendo a aquellos tiempos de mis primeras andanzas como estudio de lo rural, me encontré que la definición (conceptual y operativa) estaba estrechamente vinculada con la cuestión de la o las percepciones de lo rural y de lo urbano, pues tanto

⁶ Entre 1973 y 1974 pasé unos ocho meses en una pequeña comunidad rural del sur de la provincia de Albacete como trabajo de campo de una investigación que luego presenté como tesina.

la definición como la percepción de lo rural implican una definición y percepción de ambos conceptos simultáneamente. En aquel momento, la lectura del libro de Julio Caro Baroja *La ciudad y el campo* (1966) fue iluminadora y me abrió nuevas y atractivas perspectivas. Las relaciones entre la ciudad y el campo interesaron mucho a Caro Baroja, y en este tema, como en tantos otros, fue pionero en nuestro país. En este libro se recogen diversos trabajos relacionados con la vida de los pueblos de la Europa Meridional. La mayoría se centra en el estudio de los rasgos peculiares de las ciudades mediterráneas y en sus relaciones con el campo circundante, inaugurando lo que él llama una «Antropología de las ciudades», según el autor materia poco cultivada, por contraposición a la «Antropología de los campos», más cultivada en Europa, si bien con nombres diferentes (1966:7)⁷. La historia del urbanismo le interesa como un capítulo de la Antropología o de la «*Morfología cultural*» (1981:7). El libro se centra en el fenómeno de la ciudad mediterránea, la forma de vida esencial en la Europa meridional desde la antigüedad⁸. A pesar de que una primera impresión pudiera dar la idea de falta de unidad, de articulación entre los diversos trabajos, su lectura desvela la lógica que atraviesa a todos estos atractivos ensayos. En el primero⁹ se analiza la posición tradicional de la ciudad y el campo en el Mediterráneo desde ciertos puntos de vista éticos o moralizadores; en el segundo, mediante el análisis de una comedia de Menandro, *El díscolo*¹⁰, se plantea el conflicto sociológico-moral entre la ciudad y el campo. En definitiva, el libro trata sobre continuidades, sobre la permanencia de rasgos y caracteres que atraviesan la historia, que subyacen a los avatares del tiempo y a los cambios¹¹.

El artículo plantea hasta qué punto es válido el esquema histórico, geográfico y moral establecido por la dicotomía clásica para realizar hoy investigaciones y hasta qué punto hay una continuidad entre las sociedades mediterráneas que dieron lugar a las observaciones dicotómicas sobre la ciudad y el campo y algunas sociedades actuales, temas del mayor interés para el historiador o el sociólogos del mundo rural. El interés y la relevancia de este trabajo radican en sus cuatro tesis centrales:

a) Que existe una continuidad histórica en las representaciones dicotómicas del campo y la ciudad, que arranca de la antigüedad, que Caro Baroja muestra presentando un amplio repertorio de percepciones de lo rural y lo urbano, del campo y la ciudad, desde los autores clásicos (Varrón, Aristófanes, Aristóteles, Platón, Cesar, Tácito) a los españoles del siglo XVI (Fray Antonio de Guevara), o historiadores como Hurtado de

⁷ En este sentido, Caro Baroja se presenta también como pionero de la antropología urbana en nuestro país, a pesar de que estas aportaciones suyas son ignoradas por los autores actuales, más por ignorancia de éstos que por las limitaciones de aquéllas.

⁸ La ciudad mediterránea se trata también en *Razas, pueblos y linajes* (1957), *Estudios magrebíes* (1957) y *Paisajes y ciudades* (1981).

⁹ *La ciudad y el campo o una discusión sobre viejos lugares comunes* (pp. 11-36) recoge el texto de una conferencia dada en Austria en 1959. La primera publicación en español es de ese mismo año, en *Revista de dialectología y tradiciones populares*, XV, pp. 381-400.

¹⁰ *Menandro y los campesinos del Mediterráneo* (pp. 37-62), escrito en 1963, inédito hasta su publicación en este libro.

¹¹ El artículo es demasiado rico en ideas y sugerencias (y en los temas tratados para apoyar sus tesis) como para resumir aquí todo su contenido e interés. Me limitaré, pues, a presentar sus tesis principales.

Mendoza y Mármol de Carvajal (1966: 9). Frente a esta tradición el autor relativiza esta dicotomía (1966: 22 y ss.). Aún reconociéndola, y reconociendo los atributos que tradicionalmente se la asignan y la popularidad que los juicios de los antiguos sobre esto siguen teniendo, el autor llama la atención sobre los elementos comunes y las diferencias en cada caso, para no presentar un cuadro demasiado cerrado, a la vez que insiste en la permanencia de estructuras subyacentes, que atraviesan la historia y explicarían no pocos conflictos entre el campo y la ciudad: «*he de dejar a un lado al descubrir sus rasgos [los de la ciudad, y, por lo tanto, los del campo] la consideración de criterios demasiados formales para llegar a apreciar la fuerza de un encadenamiento, que une a los hombres del pasado con los del presente y a los tenidos como rústicos con los que pueden ser considerados como exponentes de la urbanidad*» (1966: 36)¹². El análisis de las representaciones históricas de lo rural y lo urbano es un tema del mayor interés apenas trabajado, lo que resalta aún más el valor de este ensayo.

b) Que estas continuidades de pensamiento se han convertido en lugares comunes acerca de las diferencias rural-urbanas, lugares comunes que incluso gravitan sobre antropólogos y sociólogos contemporáneos (1966: 9), mostrando el peso de estas percepciones tradicionales en su forma de mirar el campo y la ciudad, y el carácter apriorístico de muchas de estas construcciones intelectuales. Los intentos por describir las diferencias de temperamento y de virtudes morales de las gentes a partir de sus lugares y condiciones de vida (una primera forma de cierto determinismo ambiental) se expresan en la diferencia sustancial (histórica, geográfica y ética) entre la gente de la ciudad y la del campo, pero también entre los diferentes tipos de ciudades según su ubicación geográfica (las diferentes politeías de las que hablan Platón y otros), mostrando a su vez que estas elaboraciones se encuentran presentes en tradiciones todavía vivas de algunos pueblos de Europa meridional.

c) Que hay una interdependencia entre el campo y la ciudad, de modo que hay un imperioso encadenamiento de funciones entre una y otra (1966:18).

d) Que existe una continuidad milenaria en la permanencia de ciertas estructuras de las ciudades y los campos mediterráneos, que condicionan sus relaciones y que subyacen a los cambios históricos (1966: 21-22).

El caso analizado es uno más de los que utiliza Caro Baroja para tratar la persistencia de los «*viejos lugares comunes*», una de sus ideas más fértiles. Según Greenwood (1979: 71-97), este concepto, desarrollado en el artículo que hemos comentado, podría servirle como «*manifiesto teórico*», pues se trata de una llamada a evitar dar por sentadas determinadas percepciones que se convierten en conceptos equivocados (que más bien son una constelación de ideas), los cuales «*pasan a través de los siglos casi sin modificación y llegan a empañar las investigaciones sobre la vida social*» (Greenwood, 1971:81). Las teorizaciones antropológicas y sociológicas sobre la dicotomía campo/ciudad o rural/urbano son un buen ejemplo de este «*empañamiento*», pues, como dice

¹² En *Menandro y los campesinos del Mediterráneo* el autor muestra un interesante ejemplo de análisis de las bases materiales-estructurales de la contraposición moral entre el campo y la ciudad.

Greenwood, «este lugar común no nos ha permitido descubrir la historicidad patente de la sociedad rural, la naturaleza tan variable del ambiente rural y sus efectos sobre el desenvolvimiento de la vida urbana y ha exagerado los contrastes entre la vida urbana dinámica y la vida rural estática y tradicional». Según este autor (y yo con él), Caro Baroja en pocas páginas llega a comprobar lo poco adecuado que esto resulta para el análisis riguroso de la historia europea; el punto fuerte de la etnología e historia social de Caro Baroja es casi siempre la crítica de los lugares comunes aceptados sobre la historia y la sociedad, buscando la complejidad y la matización donde el sentido común sólo encuentra claridad y rotundidad, sin caer en el particularismo histórico (Greenwood, 1971:81). El artículo comentado es un magnífico ejemplo de la metodología de Caro Baroja, que integra la antropología cultural y la historia social, combinando con igual maestría las fuentes históricas y el trabajo de campo o el análisis comparativo, funcional. Además desarrolla estas ideas en los años de apogeo del análisis estructural-funcionalista en la antropología, que ignoraba los datos históricos, lo que resultaba especialmente inadecuado para el análisis de las sociedades complejas, como las tradicionales europeas, que contaban con una riquísima documentación histórica que era necesario atender para dar cuenta de las permanencias y de los cambios sociales y culturales. En este sentido, constituyen un punto de vista innovador (Caro Baroja, 1974b: 59-112).

La lectura actual de estos trabajos sigue siendo estimulante y mantiene toda su vigencia. Uno se da cuenta de la falta de continuadores en muchos de los temas y perspectivas abiertos por Caro Baroja, para desgracia de la historia, antropología y sociología rurales en España y a la vez su relectura, desde las coordenadas actuales, nos descubre nuevos aspectos que en otro momento pasaron desapercibidos. En un momento en que el que se presta tanta atención a las construcciones sociales de lo social, la indagación de Caro Baroja sobre las percepciones de las relaciones campo-ciudad presentan una gran actualidad. Basten resaltar algunas de las aportaciones de estos trabajos, como la atención prestada a las relaciones entre campo y ciudad (especialmente las relaciones materiales) como fundamento de la percepción de las diferencias rural-urbanas; la atención a las diferencias y similitudes; la atención a las continuidades y rupturas; a la génesis y permanencia de los «lugares comunes»; o la atención a la combinación de la perspectiva histórica con la estructural-funcional.

2.2. Sobre áreas culturales y geográficas

En el quehacer del sociólogo o antropólogo social rural (como en el del geógrafo o el historiador) nos encontramos a menudo con el problema de la delimitación (y su justificación analítica) de nuestras áreas de estudio. Esto sigue siendo así, pero allá por la segunda mitad de los años sesenta y sobre todo en la década de los setenta, el tema de las áreas culturales preocupaba a los antropólogos y sociólogos rurales¹³. Pero además del interés teórico, había también un interés práctico derivado de las teorías del desarrollo introducidas en nuestro país con los primeros planes de desarrollo, que se manifestaba en los intentos de definición y delimitación de unidades espaciales de análisis y/o de

¹³ Baste citar como ejemplo el artículo de Carmelo Lisón sobre *Áreas culturales* (1973: 40-108).

intervención, como la comarca y la región¹⁴. También en este campo Caro Baroja realiza aportaciones innovadoras y sugerentes prestando atención al estudio de las áreas culturales o a la dimensión espacial de los fenómenos sociales y culturales, una suerte de «ecología cultural» (el término no es suyo), que tiene bastante interés, especialmente para el sociólogo que se ocupa de territorios o espacios, para el geógrafo, y para cualquier investigador social que tiene que afrontar los problemas espaciales de su objeto de estudio.

Joan Prat (1983: 179-180) considera la obra de Caro Baroja uno de los principales intentos de superar las dificultades inherentes al análisis funcionalista ahistórico de la comunidad como unidad de análisis, citando un artículo¹⁵ en el que nuestro autor defiende la combinación de elementos diacrónicos (históricos) y sincrónicos (etnográficos) para aprehender globalmente las tradiciones culturales que mediante procesos de fusión y fisión configuran la diversidad cultural histórica y actual de los pueblos españoles, mucho más que la simple adaptación al medio. De especial interés es su crítica del uso equívoco y ambiguo de los conceptos de región y comarca¹⁶, utilizados en la geografía y por los «tecnólogos» (el término es mío) de la intervención territorial. Recurriendo al análisis de la etimología y semántica de las palabras (su *historia* y su *forma*) y a la historia y forma de los objetos designados, con ellas muestra la complejidad de sus conexiones, que a veces son metafóricas y en otras resultan de una «amplificación» o de nuevas definiciones, también a las diversas definiciones al uso entre geógrafos. Ambos casos representan esas situaciones con las que a menudo se enfrenta el investigador social, como la de convertir en conceptos científicos términos polisémicos, de uso común, de larga historia y aplicación a realidades sociales muy diversas, cuestión con evidente interés aplicado y no sólo teórico. Teniendo en cuenta el año de publicación se advierte el adelanto de nuestro autor a una cuestión que iba a proliferar en los años sesenta y setenta al amparo de las teorías del desarrollo.

El artículo critica el concepto de región natural por su carácter artificioso, estático, ahistórico y equívoco, distanciándose por igual del determinismo geográfico como de la perspectiva que preconiza la libertad más absoluta respecto al medio. Al contrario, resalta el papel de la movilidad y la historia en la configuración de las regiones y sus continuos cambios, y que más que regiones naturales (que muchas veces se quiere decir comarcas) de lo que se está hablando es de áreas culturales, es decir, mudables en sus expresiones físicas o territoriales y sociales y en su significación para sus habitantes. Desde su punto de vista, el historiador y el sociólogo tienen tanto que decir como el geógrafo humano en la determinación de espacios definidos, que él prefiere denominar comarcas, concepto en el que incluye aspectos físicos, económicos, sociales, políticos y culturales, siempre desde una posición relativista y cauta.

¹⁴ Como recordatorio baste por ejemplo el nº 2 de la revista *Agricultura y Sociedad* (1977), dedicado monográficamente a la región, en el que se incluye una extensa bibliografía sobre este tema.

¹⁵ *Mundos circundantes y contornos históricos-culturales*, publicado en *De la superstición al ateísmo. Meditaciones antropológicas*, 1974.

¹⁶ *Sobre los conceptos de región y comarca*, publicado primeramente en el *Boletín oficial de la asociación nacional de ingenieros agrónomos*, V-III, 12, marzo de 1951. Reproducido en *Estudios sobre la vida tradicional española* (1988:307-318).

Pero la cuestión de las áreas culturales y su delimitación espacial sobre otra dimensión y dificultad cuando se trata de estudiar las culturas itinerantes. Y eso es lo que aborda en *Notas de etnografía navarra*¹⁷, donde presenta cuatro casos que le sirven para exponer la configuración de áreas político-culturales determinadas por lo que él llama «*camino de trabajo*» y «*horizontes enemigos*» (territorios fronterizos), es decir, por «*combinación de elementos significativos en el mundo perceptible*», y no tanto por «*unidad de medio*», u homogeneidad geográfica. De modo que no es el asentamiento sino la movilidad lo que determina la división étnica, o, en otras palabras, los factores económicos: «*en las sociedades tradicionales, las unidades de interés económico, como las constituidas por pastores transhumantes o almadieros, no corresponden a otros tipos de unidad; la etnografía local, la lingüística «regional». Ni siquiera su mundo circundante es el mismo, sino que viven como a caballo entre dos y aun tres*» (1976:155). El artículo estudia los casos de los almadieros y los pastores transhumantes pirenaicos como casos de movilidad, y los del Valle de Lana y la Cofradía de la Santa (Vera) Cruz de Cintruénigo como casos de «horizontes enemigos». En los dos primeros, que son los que aquí interesan más, se realiza un estudio detallado de la organización social y económica, la cultura y la técnica del transporte fluvial con almadías, y de la transhumancia pastoril en el Pirineo navarro y aragonés. Y como siempre, junto al análisis detallado etnográfico, por observación directa o por informantes u otros autores, la utilización directa de fuentes documentales históricas le permite presentar un cuadro histórico-etnográfico de gran interés y utilidad para el historiador y el sociólogo rurales. Para el autor son ejemplos que «*serven para deshacer algunos equívocos sobre la vida rural en conjunto y su falta de matización*» (1976: 157).

En relación con estos temas hay que señalar su interés por las formas de localidad, por las dimensiones espaciales de la organización social, presente en muchos de sus estudios históricos y etnográficos, como en *Los Vascos* (1949) o *Los pueblos de España* [1946](1976a), y tratados más específicamente en *Razas, pueblos y linajes* [1957] (1990), *La ciudad y el campo* (1966) y *La casa, su 'estructura' y sus 'funciones'* [1969] (1974b). Las formas espaciales de la vida social no son datos a estudiar por sí mismos, sino por su relación con otros aspectos de la cultura y la sociedad local, y estas manifestaciones espaciales no se ven como una mera respuesta al medio sino como «*expresión de las condiciones materiales y sociales del lugar y de los modelos culturales de los habitantes*» (Greenwood, 1971: 83).

2.3. La crisis de la sociedad rural tradicional

Los estudiosos rurales de los años sesenta y setenta fueron coetáneos, prácticamente, de la crisis de la sociedad rural y de la agricultura tradicionales, y esta crisis es el tema central de gran parte de las investigaciones de economistas, sociólogos, antropólogos y geógrafos de la época. Y en este tema también nos encontramos con las aportaciones pioneras de Caro Baroja.

¹⁷ Publicado primero en la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, tomo XXVIII (1972), cuadernos 1º y 2º, pp. 3-38. Reproducido en *Baile, familia, trabajo* (1976b: 143-190).

Dentro del corpus dedicado al estudio de la vida tradicional española¹⁸, al que nos referiremos más adelante, podemos diferenciar un conjunto de artículos dedicados a la crisis de las formas tradicionales de la sociedad rural, tema recurrente en sus trabajos etnográficos sobre la economía y la sociedad tradicionales¹⁹. En muchos de estos trabajos sobre etnografía Caro Baroja acompaña a sus ricas y detalladas reflexiones sobre la desaparición de las formas de vidas, las culturas y las técnicas tradicionales, de cuyos últimos vestigios en muchas ocasiones es testigo él mismo. Un ejemplo es *Notas de etnografía navarra*²⁰, sobre el que volveré más adelante.

El interés de estos textos, además de su valor teórico y etnográfico, radica en que son de los primeros trabajos realizados sobre este tema en nuestro país, en el momento en que estas formas tradicionales estaban aún vivas. Por ello tienen un valor de testimonio histórico coetáneo a los hechos y pueden ser utilizados como fuentes históricas para su estudio. Ya en la introducción a *Estudios sobre la vida tradicional española*, de 1968, Caro Baroja define sus trabajos sobre estos temas como un sondeo de vestigios de la cultura rural tradicional en vías de extinción, manifestaciones de un mundo que se estaba desmoronando a ritmo acelerado desde 1960; sondeos en medios sociales que «*eran muy amplios y que ahora se están achicando*» (1988:7)²¹. Como he dicho, acompaña a sus descripciones con reflexiones sobre este declinar, reflexiones que plantean cuestiones morales, o critican las versiones técnico-burocráticas del «progreso», las consecuencias de determinadas políticas de desarrollo, o subrayan la interrelación del entramado cultural, de modo que los cambios en unos elementos desencadenan otros tal vez no previstos o no deseados.

Una idea expresada reiteradamente es la contradicción entre un medio político que exalta los valores tradicionales (matiza: tradicionalistas) y una realidad dominada por «*el moderno absolutismo tecnológico o tecnocrático*» (1988: 7). La presentación de estos estudios le da pie para manifestar su escepticismo en el futuro del país, pero también para reafirmarse en el valor de la templanza, alejado de las posiciones extremistas que han asolado la historia contemporánea de España, adentrándose en una reflexión muy personal sobre el Progreso y la Tradición: «*Y entre predicciones liberales fallidas y los postulados tradicionalistas convertidos en flatus vocis por lo menos, entre tanto, la vida corre y la vida tradicional muere. ¿Y cómo muere? Algunos escritos reunidos en este libro ilustran respecto a su extinción. Otros se limitan a describir cosas observadas hace quince años o poco más, que hoy no podrían ya observarse y, por lo tanto, describirse. Quien, como yo, empezó a observar la España rural hace treinta y tantos años y la sigue*

¹⁸ En 1968, Caro Baroja publica *Estudios sobre la vida tradicional española*, en el que reúne textos publicados desde finales de los años cuarenta (los primeros trabajos los realiza durante varios viajes junto al antropólogo norteamericano George Foster entre 1949 y 1950) hasta finales de los sesenta. Abarcan, pues, dos décadas, en la segunda de las cuales se produce el mayor éxodo rural y las crisis de la agricultura y de la sociedad rural tradicionales.

¹⁹ En *De la vida rural vasca* (1974a) trata también estos temas.

²⁰ Publicado primero en *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, tomo XXVIII (1972), cuadernos 1^º y 2^º, pp. 3-38. Reproducido en *Baile, familia, trabajo* (1976b: 143-190).

²¹ En este sentido se expresa en el Prólogo a *Baile, familia y trabajo* (1976b), una recopilación de trabajos anteriores. En él se distancia tanto del optimismo de la derecha como del criticismo de la izquierda respecto a las transformaciones del país y su impacto en la sociedad rural.

observando hoy no puede por menos de estremecerse, como debe estremecerse cualquier persona sensible ante un agonizante. Yo no enjuicio: consigno. Pero frente a la multitud fría, burocrática y estúpida que acepta esta agonía de la vida tradicional, como antes aceptó la muerte de las libertades individuales como cosa natural de los tiempos, no puedo por menos de sentir irritación e insolidaridad.» (1988: 12)²².

La crisis del caserío vasco²³

En el marco del estudio de los efectos de la despoblación de los campos, del éxodo rural, Caro Baroja, en este breve artículo más periodístico que académico, describe con expresividad la crisis del caserío vasco como manifestación de la crisis del mundo rural tradicional. Una crisis que representa un cambio radical respecto a los patrones de vida considerados como ejemplares por filósofos y moralistas desde fines del siglo XVIII hasta las primeras décadas del XX, que no eran otros que la defensa de la familia y de la pequeña propiedad rural; patrones que han orientado todas las reformas agrarias (menos la de signo colectivista). Y retomando el argumento del prólogo del libro, expresa la paradoja de que políticos y técnicos conservadores, defensores de las instituciones tradicionales, estén promoviendo esta auténtica revolución social, creyendo que se pueden llevar a cabo ciertas transformaciones económicas sin menoscabo de aquellas instituciones (1988: 159-160). Aunque no se pronuncia sobre si ese cambio es bueno o malo, no puede dejar de decir que el resultado es menos poético.

Tomando como caso de estudio los caseríos y casas de Vera de Bidasoa (el pueblo de la casa familiar), presenta los rasgos de la vida tradicional de este medio rural organizada con arreglo a principios sociales y económicos que se habían ido perfilando desde el siglo XVIII, una vida que Caro Baroja conoce desde niño. El valor de sus estudios (como en tantos otros casos) es que proporciona observaciones directas relativas a un período de más de cuarenta años, a la vez que nos revela una vez más la metodología de Caro Baroja, en la que se combina el relato histórico y descripción estructural. Resulta así un cuadro detallado y amplio de la vida rural tradicional y de los cambios que en ella se iban produciendo: la organización del terrazgo, la estructura de la propiedad, la tecnología agraria, las orientaciones productivas agrícolas y ganaderas, la alimenta-

²² Los artículos que componen el libro en su mayoría constituyen informes etnológicos sobre festividades y rituales rurales tradicionales en Andalucía, Castilla y el País Vasco. Son «*averiguaciones técnicas o profesionales, del etnógrafo y del folklorista*» (1988: 5), pero a través de ellos no sólo podemos conocer aspectos diversos de la religiosidad y el folklore rural tradicional, sino las transformaciones que se estaban produciendo en el contexto social rural correspondiente y su impacto en las variaciones de los rituales; podemos ver el método de trabajo de Caro Baroja en el estudio de estos elementos culturales, en el que combina hábilmente la investigación histórica de los antecedentes, orígenes, evolución y paralelismos del fenómeno estudiado con la investigación etnológica más funcionalista, mostrando un prodigioso dominio de las fuentes. Otro segundo bloque lo ocupan trabajos donde se manifiesta no tanto el erudito y el etnólogo como el observador atento y preocupado por el futuro del país. Son algunos de estos trabajos de los que me voy a ocupar, por ser los de mayor interés para un «ruralista» de hoy.

²³ Escrito en 1964, fue publicado por primera vez en *Baile, familia y trabajo* (1976b:133-141), y reproducido en *Estudios sobre la vida tradicional española* (1988:159-166).

ción, la organización social, la vida espiritual, la cultura... En esa descripción recupera la terminología local de objetos, parajes y actividades, dando más fuerza y colorido a la descripción.

La transformación de esta sociedad y de esta cultura va acompañada de cambios en las mentalidades y en las lógicas²⁴, destacando, con atinada perspicacia, el papel de la contabilidad (la cuantificación aritmética de actividades y dedicaciones). A mediados de los años sesenta Caro Baroja nos habla de la quiebra del sistema de herencia, básico para la reproducción económica y social del caserío, por el rechazo de los hijos a ese mundo y a la actividad agropecuaria, resultando una selección negativa; las preferencias matrimoniales de las hijas, que rechazan a los agricultores y a la vida del caserío; la devaluación de las categorías de propietario, casero, amo o ama; las adaptaciones obligadas de los caseríos más fuertes, reduciendo y simplificando trabajos, abandonando prácticas y aprovechamientos, sustituyendo cultivos y ganado. Cuando leí este artículo por primera vez, a mediados los setenta, reforzó mi interés por estudiar ese mundo rural que se «estaba achicando» y desapareciendo. Hoy sigue siendo una lectura en la que se manifiesta el conocimiento profundo y directo, más allá de su pequeña extensión, y en el que late la poesía. Su condición de testimonio coetáneo de los cambios de los que habla acrecienta su valor.

Del campo y sus problemas²⁵

La crisis de la sociedad rural tradicional y de todo lo que ella encierra es visto, de forma recurrente también, como la decantación hacia la victoria de lo que Caro llama la expansión universal de la «Filosofía Utilitarista» y la consiguiente derrota de otras concepciones de vida, de otras maneras de vivir y de pensar propias del mundo rural tradicional. Este proceso ha ido parejo a una ruptura creciente entre la ciudad y el campo, una separación, una polarización radical que es reciente, tanto porque en el campo la economía rural era mucho más diversa que ahora (la especialización funcional –agraria– del mundo rural sería una consecuencia de la urbanización y la industrialización) como porque las ciudades tradicionales estaban mucho más vinculadas a la actividad agraria de los campos de su entorno²⁶. Y en esa polarización el campo se ha empobrecido y se ha limitado su vida económica y social (1988: 255). Un fenómeno inverso, pues, al que tuvo lugar a fines de la Edad Antigua. Un proceso que también se orienta en dirección opuesta a lo que tradicionalmente se ha propuesto como el ideal de la vida rural y obje-

²⁴ En otro lugar (1974a: 204-205), y anticipándose muchos años, Caro Baroja advierte de los cambios en la conciencia campesina desde la segunda mitad del siglo XX, y la desvaloración del campo que se va instalando en las campesinos, los cambios en las preferencias (ahora decimos estrategias) familiares que priman otras profesiones para los hijos por la vía de los estudios o los conflictos generacionales.

²⁵ En nota a pié la referencia que hace el autor es *Tercer programa, abril-mayo-junio*, I, Madrid, 1966: 49-58. Reproducido en *Estudios sobre la vida tradicional española*, 1988: 159-166.

²⁶ Incluye en ese punto una cita de Fermín Caballero sobre la presencia agraria en la ciudad de Madrid (1988: 255).

to de todas las reformas sociales de la agricultura y del mundo rural, que ejemplifica en Fermín Caballero y su modelo del coto redondo acasariado. Y son precisamente los rasgos principales de ese modelo los que se manifiestan incompatibles de forma más rotunda con las preferencias sociales actuales (1998: 259).

Y ante esta situación de crisis inapelable Caro se pregunta ¿qué hacer? Y se responde que «*estudiarlas más y mejor para buscar nuevas medicaciones*» (1988: 259). Rechaza darlo todo por hecho, ver como naturales los procesos de cambio, los estudios basados en generalizaciones y formalidades que ocultan más que revelan y que acompañan de forma cómplice a tales procesos. Reclama una investigación más atenta a los fenómenos concretos: «*Mientras no se estudie más al hombre como tal no sabremos nada que valga la pena de sus características en momento graves de transición como éste. ¿Y qué sabemos de las fobias, debilidades, flaquezas, ilusiones de la gente del campo?*» (1988:259). Caro ve la crisis del campo no como algo irremediable, «*sino como una enfermedad que hay que curar, radical, totalmente, y tenemos fe en que la cura es posible*» (1988:260). No pocas de las ideas contenidas en este ensayo tienen vigencia en la orientación historiográfica que trata de mostrar una sociedad rural más rica y compleja.

La despoblación de los campos²⁷

En un tono entre crítico, irónico y no poco nostálgico vuelve sobre la implacable despoblación de los campos —«*dentro de un paisaje idílico recibimos la sensación de la muerte*»— (1988: 267), acompañada del regocijo de sociólogos, técnicos y modernizadores de toda laya, y relativizando lo que de «lógico» y «natural» hay en la justificación de este proceso; despoblación también causada por el sentir y el pensar de los propios campesinos, que han interiorizado los nuevos valores utilitaristas, y por «*la enorme crisis de conciencia que implica este abandono*» (1998: 265). E indagando sobre sus causas se detiene en el papel del sistema de herencia (de heredero único), la soltería entre los caseros, las nuevas carreteras, la política forestal y de pantanos, o la falta de trabajadores que hace insostenible la situación de las casas de labranza grandes. En un momento en que en nuestro país se hablaba aún muy poco de ello en la literatura económico-sociológica rural de la economía campesina, Caro Baroja nos habla de los problemas de reproducción de la economía y de la familia campesina, de su lógica propia y del desconocimiento de la misma de políticos, burócratas, tecnócratas de derecha e izquierda (1988: 268) y de la pérdida de relevancia social de la (pequeña) propiedad.

²⁷ Publicado inicialmente en Revista de Occidente, 40, julio, 1966 y reproducido en *Estudios sobre la vida tradicional española*, 1988: 261-274.

2.4. El universo ideológico de la sociedad rural tradicional

Una de las líneas de estudio más fecundas de Julio Caro Baroja se centró en el universo y las manifestaciones ideológicas y culturales de los campesinos tradicionales. Buena parte de sus estudios sobre religiosidad popular, folklore, rituales, festividades, etc. responden a este interés. Nuestro autor nunca pretendió caracterizar *la* sociedad rural, como un conjunto de rasgos socioculturales de aplicación universal; todo lo contrario, insiste a menudo sobre las diferencias, particularidades, cambios, variaciones, y miraba con recelo los intentos generalizadores. Le interesaban *las* sociedades rurales, particulares e históricas, más que *la* sociedad rural como categoría abstracta. Pero ello no impide que en sus estudios no busque y encuentre rasgos ampliamente extendidos, que se manifiestan en medios sociales diferentes. Estos temas forman parte de su interés por la vida rural tradicional de las sociedades complejas, en cuyo estudio recurre por igual a las fuentes históricas y a la observación etnográfica. Y en ellos encontramos la crítica a no pocos tópicos sobre la cultura rural y la mentalidad campesina.

El sociocentrismo de los pueblos españoles²⁸

Este trabajo hay que inscribirlo en el análisis del universo ideológico de las sociedades rurales españolas, que sería estudiado profusamente por los antropólogos (especialmente extranjeros) que realizaron estudios de comunidades rurales en nuestro país desde mediados de los años cincuenta hasta los primeros años setenta. Uno de los rasgos más comunes de este universo ideológico rural tradicional es el sociocentrismo, entendido como la orientación cognitiva que sitúa a la sociedad a la que se pertenece en el centro de la máxima valoración, y desde la cual se valora a otras sociedades. Caro Baroja lo dice con palabras sencillas pero significativas: «*la facultad de creer y sentir que un grupo humano al que se pertenece es el más digno de tenerse en cuenta entre los existentes*» (1990: 278), y analiza los aspectos geográficos y espaciales de este fenómeno. El sociocentrismo explica muchas de las relaciones entre comunidades vecinas y entre regiones en España. Respecto a las razones de su existencia, se parte de las explicaciones utilitarias (basadas en la posición de diferentes intereses materiales); reconociendo su «universalidad», este fenómeno sería una manifestación de procesos más amplios que tienen que ver con la integración y los contactos entre sociedades. El sociocentrismo sería una manifestación de uno de los dos criterios de comparación que hacen los individuos y los grupos sociales: el de 'homología' o similitud y el de 'diferenciación', predominando este último en la manera de ver a los «vecinos», según sea el ámbito espacial considerado. El interés del estudio de Caro estriba en su análisis detallado de diferentes expresiones de este rasgo, sus dimensiones espaciales (rivalidades entre la ciudad y el campo, entre barrios, aldeas, pueblos, provincias, etc., pero también entre clases sociales u oficios –cuando además se vinculan con espacios diferentes–, o entre grupos parroquiales, cofradías, etc. cuando está presente la variable espacial o territo-

²⁸ Publicado originalmente en el libro de *Homenaje a Fritz Krüger*, U.N.C, Mendoza, 1954 y reproducido en *Razas, pueblos y linajes* (1990: 277-306).

rial) y sus expresiones. Un rasgo, pues, ampliamente extendido desde antaño en la sociedad española, que se manifiesta sobre todo en los ámbitos locales más cercanos y que tiene que ver con múltiples aspectos políticos, religiosos o económicos de estas sociedades.

En torno a la mentalidad rural²⁹

En este trabajo parte de las limitaciones de los estudios sobre el folklore en España, reducidos hasta entonces muchas veces a meras colecciones de rarezas, para incorporar perspectivas más sociológicas y psicológicas. Se pregunta por el significado social y mental de las ideas, más allá de la visión de ciertos rasgos como «supervivencia» del pasado, como elemento cultural aislado de su contexto o mera expresión artística (1990: 308). Reivindica el legado de Durkheim y su concepto de lo social como un sistema de coerciones sociales o de presiones sociales, como dice Ortega. Y de ahí toma la necesidad de estudiar lo cultural en relación con lo social, algo que ahora nos parece obvio pero no lo era tanto en su tiempo. Lo que reclama Caro Baroja es la aplicación de los métodos etnológico y sociológico al estudio de las sociedades «primitivas», de las sociedades complejas, del mundo europeo tradicional. De esta manera cobrarían nueva luz los rasgos y formas de la cultura popular, es decir, estudiarlas en relación con la estructura social y con la dimensión espacial (densidad, espacio y estructura social) (1990: 311). Y rechaza las generalizaciones de la psicología étnica (la del espíritu de los pueblos o naciones), para reclamar análisis más relacionados con los contextos sociales concretos y la diversidad dentro de esas generalizaciones (p. 312). Dentro de esta problemática se plantea cuestiones de interés para el historiador y para el sociólogo, como es la cuestión de lo individual y lo colectivo, con otras palabras, la significación social de los hechos individuales («*Cómo ciertos conceptos admitidos con todo su peso por el conjunto de una sociedad en un momento dado, en otro pueden convertirse en concepciones particulares o casi individuales...*») (1990: 313), o la cuestión de la normalidad y la anormalidad en términos sociales, o la crítica a las visiones de Lévy Bruhl sobre la mentalidad primitiva y la mentalidad prelógica, crítica que revela una concepción muy actual que se aleja de ciertos prejuicios etnocéntricos y reivindica la cultura y el sistema de conocimiento popular frente a los prejuicios que acompañan frecuentemente a la teoría (más bien ideología) de la modernización; o la necesidad de estudiar el medio social para comprender esas formas desde la lógica interna: «*Se combate la creencia vieja con la creencia moderna, no la creencia vieja con el razonamiento moderno*» (1990: 321), criticando las visiones tópicas sobre la conciencia de los campesinos...vascos³⁰. En fin, casos en los que usa el análisis de un caso concreto como ilustración de un tesis amplia.

²⁹ *Ideas y personas en una población rural*. Publicado originalmente en *Revista de Dialectología y Tradiciones populares*, tomo VII, 1951, cuaderno 1º, pp. 17-55, y reproducido en *Razas, pueblos y linajes* (1990: 307-337).

³⁰ Sobre este tema y el anterior, puede verse *Caracteres generales de la sociedad rural* (1974a: 205 y ss.).

Caracterizaciones del labrador³¹

Se trata de un artículo compuesto con pasajes de su libro *Las formas complejas de la vida religiosa*, título de resonancias durkheimnianas, y su inserción en este libro nos descubre las preocupaciones teóricas y metodológicas del autor, cuyo objetivo es fijar algunos rasgos del campesino cristiano en la práctica de la religión católica en un país (España) y época (siglos XVI y XVII) dados, es decir, de la religión como práctica y no tanto como sistema, o, en términos más abstractos, de analizar las relaciones entre religión y sociedad, «del *espíritu de sociedad* en lo religioso, dentro de la clase o estamento de los labradores» (1977:152), para lo cual acude al refranero, la poesía y el teatro, el santoral, los rituales o el cancionero.

Otra vez nos encontramos con una crítica de tópicos y lugares comunes, esta vez relacionados con la caracterización social y cultural de los campesinos y las sociedades campesinas, rastreando multitud de fuentes históricas (en este caso, obras literarias del siglo XVI y XVII) y acudiendo a los datos etnográficos. Se trata de una indagación del valor explicativo de la «razón histórica» o la «razón sociológica» en la caracterización de la sociedad campesina. Frente a las explicaciones historicistas, que encuentran en tales prácticas vestigios de un cierto estado primitivo, Caro Baroja se interesa por la localización de los cultos en el espacio y la celebración de los ritos en el tiempo, encontrando cierto «paganismo funcional», una suerte de «materialidad de la religiosidad campesina», observable en la relación de los sentimientos religiosos con los trabajos cotidianos. No basta, pues, con buscar las raíces históricas de estas prácticas religiosas, hay que profundizar en sus aspectos estructurales y funcionales. Ni tampoco regularidades atemporales y universales; la religiosidad en el campo o los campos ha de tener su fisonomía y autonomía, pero eso no quiere decir que sea igual para todos los espacios y todos los tiempos (1977:153). Una llamada a la relevancia de los factores contextuales tanto temporales como espaciales, a la importancia de la segmentación y cambio en la sociedad rural, que no resulta ni homogénea ni estática.

2.5. Historia y etnografía de la vida tradicional rural española

Uno de los campos más fecundos tratados por Caro Baroja fue el estudio de la vida tradicional española en muchas de sus manifestaciones: folklóricas (religiosidad, festividades, rituales, mitos, romanceros, etc.) de la cultura popular tradicional, la cultura material, las actividades económicas tradicionales, principalmente la agricultura, ganadería y artesanía, la organización social. En la medida que esa vida tradicional era mayormente de carácter rural y agrario, la mayoría de esos trabajos se pueden adscribir al campo de los estudios rurales. Y en la medida en que, fiel a su método, combina el análisis histórico con el etnológico, el pasado y el presente, sus estudios interesan por igual al historiador, al antropólogo y al sociólogo. Además, sus observaciones entre los años treinta y los sesenta son una fuente muy rica para el estudio de la sociedad rural y

³¹ *Caracterizaciones del labrador*, artículo publicado en *Agricultura y Sociedad*, 2, 1977, pp. 131-181.

la agricultura tradicionales, aún vivas ambas en ese momento, y para el conocimiento de las primeras manifestaciones de la crisis que acabaría por llevarse por delante ambos mundos³². Caro Baroja es el primero en ocuparse de temas que luego ocuparían la atención de los investigadores sociales rurales, tanto por el contenido como por el enfoque, y se lamentaba de la falta de monografías españolas sobre localidades y regiones, elaboradas desde un punto etnológico (1974:11). Sus ideas siguen mereciendo una lectura atenta y siguen siendo útiles para el estudioso actual.

Dentro de este campo de trabajo, tal vez su estudio más sistemático sea su libro sobre *Los pueblos de España* (1975). En su segundo volumen describe los rasgos básicos (bosquejo histórico, habitación, agricultura y ganadería, vida social, fiestas, ritos y mitos antiguos, arte e industria, rasgos sociales y espirituales) de la sociedad rural tradicional de las Provincias Vascongadas y Navarra, Santander, Asturias y León, Galicia, Castilla la Vieja, Castilla la Nueva, Andalucía, Reino de Valencia, Murcia y Baleares, y Cataluña. Se trata de una obra de divulgación y de síntesis, pero que constituye el único trabajo existente en nuestro país que ofrece una visión histórico-etnográfica de las sociedades rurales tradicionales de las diferentes regiones españolas tal como se habían ido configurando desde los comienzos de la sociedad moderna (especialmente durante el siglo XIX) y se presentaban a mediados del siglo XX.

Uno de los aspectos de interés de esta obra es su crítica más o menos solapada de las interpretaciones etnicistas cerradas de la tradición rural de cada región, especialmente de la vasco-navarra. Otro, su atención por los fenómenos de desconexión entre elementos, como crítica de las visiones más deterministas ambientales y de la fuerte conexión geográfico-cultural, lo cual tiene que ver también con los problemas de los límites de las áreas culturales, de los que he hablado más arriba. Se distancia por igual de las obras sobre folklore o etnográficas que resaltan las excelencias de un género de vida («*hechas por gentes de campanario*») como de las que presentan ideas generales y vagas: «*Se trata de presentar lo que se vea sin pretender evitar las múltiples contradicciones, sin querer coordinar las ideas que nos parecen opuestas por medio de racionamientos sencillos: sin reducirlo todo a normas generales si no estamos seguros de que lo que vayamos a sacar en consecuencia es una verdad oculta. Hay que analizar y teorizar pero no sintetizar sin genio*» (1976a: 217). Lejos, pues, de esquematismos y generalizaciones excesivas, de la confusión entre datos y opiniones, que pasan muchas veces por teorías. En lo que sigue me ocuparé sólo de los trabajos de índole económica y social, dejando de lado los relativos al folklore, si bien la lectura de muchos de estos textos puede ser muy útil al estudioso de la historia social y económica rural y al sociólogo rural.

³² En relación al rápido derrumbe de la sociedad rural es interesante lo que expone en la *Advertencia a De la vida rural vasca* (1974a: 18 y ss.). Sus trabajos etnográficos de los años treinta se habían convertido en arqueología a finales de los cuarenta y los de esos años en los años sesenta.

Las bases históricas de la economía tradicional o la crítica de la inmovilidad de la sociedad rural

Quiero empezar con un artículo de especial interés pues en él se exponen las ideas básicas que orientan las indagaciones de Caro sobre estos temas. Caro Baroja fue uno de los primeros historiadores españoles interesados en la historia social, económica y cultural a nivel micro. Greenwood (1071: 82) se refiere a estos estudios como un ejemplo del interés de Caro Baroja por lo que el propio Greenwood llama la «historia chica», tomándolo del historiador francés Herbert Luethy, como contraposición (y crítica) a la gran historia de la política y las relaciones internacionales. Una historia de la vida cotidiana, de la vida popular, de la economía y de la sociedad de los pueblos y de las ciudades, de sus formas tradicionales y de sus cambios.

El artículo al que me refiero se titula *Las bases históricas de la economía tradicional* (1974)³³. El autor se distancia desde el principio de las visiones de la vida rural, especialmente del campesinado, como algo estático, carente de historia, identificado con el hombre primitivo y con pautas culturales universales, según las modelos, tan en boga entonces, de Redfield³⁴ o Francis. Insiste en las importantes transformaciones experimentadas por el campo español desde la edad media. El análisis de las transformaciones de la economía agraria rural vasca le sirve como estudio de caso para revelar la influencia de lo «grande» sobre lo «pequeño», de la historia «grande» sobre la historia «chica», subrayando a la vez la ventaja que para ello tiene el investigador que ha llegado al medio siglo, pues él mismo ha sido testigo directo de los cambios que estudia (1974: 18), de esa «erosión material» (1974: 19) de los pueblos que se ha llevado por delante castillos y pueblos, talleres y manufacturas, casas de hidalgos y labradores, jornaleros y campesinos, aperos y técnicas, cultivos y razas de ganado, pero interesándose, más que por el declive de esa sociedad, por su juventud, por cómo se constituyó y fue cambiando con el tiempo. A través de los cambios demográficos, la organización social (de las relaciones feudales a la constitución de la vecindad y la hidalguía colectiva), los sistemas de herencia, la terminología y morfología de las casas (morfología cultural), nos revela una sucesión de cambios permanentes, dominada por la idea de que la «tradicón es algo que funciona dentro de ellos de modo muy especial, con un sentido 'utilitario' al servicio de un sector social determinado» (1974b: 56), y de que la estructura y la función se van modificando por obra de presiones exteriores de toda índole (1974b: 57)³⁵.

El estudio de la organización doméstica rural vasca

La mayor parte de los estudios de Julio Caro Baroja sobre la sociedad rural tradicional se refieren al ámbito vasco. La organización doméstica vasca ha sido objeto de

³³ Publicado inicialmente en *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, 1969, 1, pp. 7-33. Recogido después en *Vecindad, familia y técnica* (1974: 15-57).

³⁴ Por ejemplo su obra *The primitive world and its transformations* (1957).

³⁵ Ideas similares en *Caracteres generales de la sociedad rural vasca* (1974a: 205-206).

trabajos de diversa índole, desde el análisis de la terminología de parentesco³⁶, a la familia vasca³⁷, la *casa*³⁸, o la crisis del caserío. En *Sobre la casa, su 'estructura y sus funciones* (1974b), Caro Baroja se distancia de un uso rígido de las diferentes variantes de los modelos estructurales (desde el estructural-funcionalismo de Radcliffe Brown y Malinowski al estructuralismo de Lévi-Strauss), dominantes en la antropología social de la época, ya que en ellos ni el espacio ni, sobre todo, el tiempo ocupan el lugar que deberían tener en el análisis social, ni comulga con una visión de la estructura social demasiado «estructurada», poco útil para el historiador social de los antiguos pueblos europeos (1974b: 60-61). Aunque reconozca cierta utilidad a las nociones de 'estructura' y 'función', y dentro de la primera, a la distinción entre 'estructura social' y 'forma estructural', le interesan sobre todos las expresiones socioculturales que se alejan de la norma, y para ello estudia dos tipos de familias navarras rurales a lo largo del tiempo (desde el siglo XVII al XIX) y el espacio (comparando ambos tipos). Como él advierte, «*lo que no habría que hacer nunca es confundir un sistema social y sus reglas con un orden moral con las suyas*» (1974b: 74), lo que me parece muy pertinente por lo común de esta confusión.

En este trabajo analiza la estructura y las relaciones entre caseríos, donde «*durante siglos, casas, vecinos y parientes constituyen un todo y dentro de él vivieron, no siempre armoniosamente; con su estructura y, a veces, a pesar de ella*» (1974b:74). Primero se ocupa de las formas de la localidad a través de lo que podríamos llamar una ecología de los asentamientos rurales, su estructura según los ámbitos geográficos-ecológicos (la palabra ecología aparece poco en sus textos pero está conceptualmente), rastreando sus orígenes célticos y su evolución histórica. El análisis de la nomenclatura de los diferentes tipos de habitación (casas troncales, caseríos fuertes, bordas o caseríos pobres) le permite identificar una jerarquía de núcleos rurales y sus relaciones y funcionalidad. Después analiza en detalle un caserío en los siglos XVII y XVIII: su propiedad, sus miembros y los papeles familiares, los sistemas de herencia y los conflictos entre parientes y vecinos por cuestiones de dinero y otras cuestiones económicas (conducciones de agua, aprovechamientos, etc.).

Su conclusión principal es que «*entre la 'estructura social' a que se ajustan en estas siete generaciones los dueños y dueñas de la casa y la 'forma estructural' hay sensibles diferencias, no condicionadas tanto por los cambios en el tiempo sino por puras relaciones personales entre los que guardan, observan o se someten a aquella forma, que yo, personalmente, preferiría llamar lisa y llanamente sistema o régimen*» (1974b:

³⁶ *Sobre los nombres de parentesco en vasco*. Publicado primero en el libro de Homenaje a D. Joaquín Mendizábal Gortázar, San Sebastián, 1956, pp. 3-9, y reproducido en *Baile Familia y Trabajo* (1976:111-121) y en *Estudios sobre la vida tradicional española* (1988: 141-148). En este trabajo sobre la terminología de parentesco vasca se distancia de los intentos de reconstruir una estructura social vasca primitiva y sus orígenes hipotéticos en un tiempo nunca concretado, para reclamar más análisis histórico-culturales y funcionales de lo ocurrido en épocas modernas o mejor conocidas (1988: 148).

³⁷ *Sobra la familia vasca*, en *Baile, familia y trabajo* (1976: 123-132), reproducido en *Estudios sobre la vida tradicional española* (1988: 149-157).

³⁸ «*Sobre la casa, su 'estructura y sus funciones'*», *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, 1 (1969: 35-66), reproducido en *Vecindad, familia y técnica* (1974: 59-112).

97). El análisis permite aclarar no pocas cosas sobre la estabilidad de la propiedad, el trabajo familiar etc., pero también el ser cautos acerca de otras conclusiones sobre la *bondad* moral de la 'forma estructural'. La estructura física de ésta domina sobre otras muchas 'funciones' de la familia y del trabajo y el 'porqué' a que se ajustan, pero llamando a la cautela. En un lenguaje actual, de lo que se trata es de la tensión entre estructura y acción, distanciándose por igual de la rigidez de los modelos estructurales y de la contingencia de las acciones, que se desarrollan incluso en marcos estructurales contradictorios. El símil del escenario (la estructura) y los actores, los personajes, es muy revelador de su visión del problema (de la que me siento muy cercano); la idiosincrasia personal tiene su papel en la «interpretación» de los papeles sociales. Frente al estatismo del análisis estructural dominante opone la dinamicidad y plasticidad de las acciones (1974b: 97-99).

Parece, pues, según Caro Baroja, que hay estructuras y estructuras, y no siempre van en paralelo las económicas y las jurídicas, por ejemplo. «*Lo que la historia familiar nos indica de cambios y vaivenes de fortuna nos hace admitir también que la estructura social y la 'forma estructural' son dos cosas aún más distintas de lo que incluso pensaba Radcliffe Brown, y nos hace también pensar que la estructura como categoría estática, excesivamente estática, puede hacernos caer en engaño, en falsas identificaciones de hechos distintos*» (1974b: 109). Hay en esta posición la contraposición de dos oficios: la del sociólogo o antropólogo y la del historiador. Los primeros más interesados por la estructura; el segundo, por el cambio. Y su posición se decanta: las palabras, los conceptos jurídicos y sociales cambian de significado, de contenido, como la idea general de 'casa' o de 'casa troncal', o la 'casa' considerada materialmente, «*por lo que es el historiador el que tiene siempre la última palabra. El historiador humilde que pone las cosas unas detrás de otras, como le son dadas*» (1974b: 112). Pero debajo de esa humildad se percibe la sagacidad, el buen ojo, la cautela y también, como no, el buen sociólogo o antropólogo.

En otro lugar (1988: 149-157) el autor analiza con detalle la familia vasca «encajada» en la «casa», como «unidad elemental de trabajo (es decir, de producción, en terminología actual), concebida como un complejo económico (agrícola-pastoril) de personas, animales y aperos parecido, según el autor, a lo que los romanistas llaman *fundus cum instrumento* (1988: 150). Mencionando aspectos básicos de la organización familiar, como la división del trabajo por edades y género o la complejidad tecnológica, para los que remite a otros trabajos suyos³⁹, el autor se centra en el sistema de herencia y sucesión (heredero único por primogenitura o libre elección). El interés del trabajo estriba en que se interesa no tanto por su funcionalidad sino por la conflictividad potencial de tal sistema, desmarcándose de «*los que han pintado tal vida familiar y (por extensión) aldeana en términos idílicos*». Los conflictos entre hermanos, entre padres e hijos, entre esposos o entre yernos y nueras con sus suegros y suegras son frecuentes, con lo que, como el Diablo Cojuelo asomándose al interior de las casas levantando los tejados, no ofrece un cuadro más vivo y real que la imagen estática y demasiado «funcional» del sistema que proporcionan los estudios que no se ocupan de lo que pasa de las paredes y

³⁹ Véase más adelante *Un estudio de tecnología rural* (1974b: 113-188).

tejados para adentro. Unos conflictos cuya potencialidad estructural queda revelada a la vez que amortiguada por el ritualismo, destinado, precisamente, a regular los motivos de tensión. Por otro lado, las relaciones de las casas con su vecindad forman el universo relacional cotidiano de la vida aldeana y aquí también el autor tiene el acierto de iluminar la naturaleza de las relaciones vecinales con la descripción de algunos rituales significativos que regulan y dan expresión a esas relaciones: «*es, en suma, la idea de la vinculación a una mansión y una tierra limitada y con los que viven en ella y alrededor de ella una de las que gravitan más fuertemente sobre la vida y conciencia del campesino vasco*» (1988: 157).

Espacio, cultura material y localidad en el hábitat rural vasco

Bajo este epígrafe se incluyen los trabajos que forman el libro *De la vida rural vasca* (1974a), una reedición de *La vida rural en Vera de Bidasoa*, de 1944. Lo dicho anteriormente sobre la metodología histórico-etnográfica de Caro Baroja es aplicable en estos estudios, por lo que no hará falta insistir en esos aspectos. Tal vez sólo resaltar una idea que atraviesa sus trabajos etnográficos: la de que «*medir el tiempo de los hechos etnográficos es una tarea fundamental*», para negar «*la ahistoricidad del hombre del campo, de la inmovilidad y del aislamiento de las pequeñas comunidades o sociedades rurales, de su carácter 'iletrado', etc.*» (1974a: 350-351). Para ello sirve la descripción de los caracteres de esa sociedad en el tiempo y en el espacio.

Otro aspecto de interés en este libro es que delimita temporalmente el «ciclo» (como lo entienden Ratzel, entre los geógrafos, o Meyer, entre los historiadores) que constituye lo que entiende por el mundo tradicional, referido al ámbito vasco: el constituido por el que comienza a principios de la Edad Moderna y termina a finales de los años cincuenta del siglo XX, ante sus propios ojos. El paso de una sociedad organizada en torno al linaje a otra organizada en torno a la vecindad; un cambio que se traduce a todos los órdenes: jurídicos, económicos, técnicos y religiosos; un mundo en el que hay también crisis, cambios, tránsitos de diferente medida; un mundo que desde 1960 se desmorona rápidamente. Y esta transición la define como el paso de una sociedad rural basada en el derecho de vecindad a otra basada en el derecho de propiedad individual. Por otra parte, en muchos de esos trabajos reconozco buenas aportaciones a una nunca declarada Ecología Humana; abordan la cultura material y la organización espacial de las comunidades rurales, su hábitat (aunque no use apenas este término). La profusión de información, el detalle de las descripciones y la variedad de fuentes utilizadas le permiten reconstruir un cuadro muy completo y vivo de la vida rural vasca desde los inicios de la Edad Moderna y el comienzo de la segunda mitad del siglo XX, cuya lectura sigue siendo muy útil (además de atractiva) actualmente.

Para dar una idea de los contenidos del libro mencionaré sus epígrafes. En *De la vida rural vasca* (1974a)⁴⁰ presenta un cuadro amplio y detallado de las bases materiales, espaciales, sociales y culturales del sistema rural basado en el caserío, de una manera que contrasta con los estudios de comunidad que se harían en España desde los años sesenta. Su mirada abarca las formas de localidad, incluyendo en ésta las relaciones jurídicas, administrativas y sociales, así como el paisaje; los tipos de caserío, los materiales de construcción, las plantas y distribuciones de los caseríos, cuestiones climatéricas, el tejado, puertas y ventanas, vigas y adornos, diversas cuestiones históricas y artísticas relacionadas con la casa, y la historia y orígenes del caserío; las formas de propiedad, arrendamiento y aparcería, entrando en las relaciones contractuales y las lógicas que los orientan; los trabajos del campo, los aperos, el transporte, las técnicas de cultivo, la organización del terrazgo, los cultivos, la economía agraria y las creencias religiosas unidas a estas actividades; la ganadería, el pastoreo, y el carboneo y otros trabajos forestales y la pesca; los trabajos del hogar (ajuar, cocina, alimentación, bebidas, tejidos y vestimenta); las industrias rurales (la doméstica, la artesanal, las pequeñas manufacturas); los caracteres generales de la sociedad rural; los ciclos de la vida: desde el nacimiento a la muerte; la religiosidad y el folklore.

Etnografía y etnología de los pueblos españoles

La situación de privilegio del ámbito vasco en los estudios históricos y etnográficos sobre la sociedad rural tradicional en la obra de Julio Caro Baroja no debería ocultar su interés por otros ámbitos geográficos españoles. Esto es muy evidente en sus estudios sobre folklore, religiosidad, fiestas y ritos, pero también, aunque en menor medida, en sus estudios de índole más socioeconómica. La parte más importante de sus estudios histórico-etnográficos sobre otras regiones españolas está en su libro *Los pueblos de España*, ya comentado. Ahora comentaré brevemente dos pequeños trabajos sobre estos temas.

· La campiña de Córdoba⁴¹

Dentro del conjunto de estudios sobre la etnografía de los pueblos españoles, destacan estas tempranas observaciones de 1949 sobre el género de vida propio de la campiña baja, en concreto de Bujalance, una de las poblaciones más representativa de este paisaje. No es un artículo cerrado, en el que se desarrolle un argumento o una tesis, son, como dice el autor, unas observaciones, pero su interés para el historiador o el sociólogo rural es grande porque muestra retazos vivos de una ciudad agraria (que lla-

⁴⁰ Una adaptación de su libro de 1944 *La vida rural en Vera de Bidasoa* (Navarra), con aportaciones nuevas sobre los cambios producidos entre esas fechas, en la sociedad estudiada y en sus análisis.

⁴¹ Publicado originalmente en *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, tomo XII, 1956, cuaderno 3º, pp. 270-299, e incluido en *Razas, pueblos y linajes* (1990: 247-273).

maríamos agrociudad) en el marco de la sociedad rural y de la agricultura tradicionales, aún presentes en los años cuarenta. Y lo es también porque nos muestra la capacidad del autor para la descripción detallada, precisa, atenta al conjunto y a los detalles, a las normas y a las variaciones; para la combinación del uso de las fuentes históricas y de la observación etnográfica de detalle, con un estilo detallista e impresionista, que traslada al lector al lugar descrito, y donde podemos captar el placer del autor por la observación de sus temas de estudio y la importancia que da todos los elementos.

El texto lo podríamos considerar apuntes de un estudio de ecología humana de una agrociudad andaluza de la campiña cordobesa, en el que la aproximación al objeto de estudio se realiza desde planos diferentes y sucesivos desde los más alejados o amplios a los más cercanos y reducidos: las diferentes áreas geográfico-culturales⁴² de la provincia cordobesa, la descripción del caserío y de los cambios producidos en el mismo desde la época del Diccionario de Madoz, las áreas del término: los *ruedos*, próximos a los pueblos, espacio de la propiedad de la gente media, pequeña y repartida, el *trasruedo*, dedicado el cereal, donde cabe encontrar también propiedades similares, y la *campiña*, asiento de la gran propiedad, dedicada al olivar; o los sistemas de construcción, tierras y explotación agraria: *cortijo*, *cortijillo*, *casilla* (asociados al cereal) y *casería* (asociada al olivar); las división de las tierras y su uso, o la descripción morfológica de las casas, sus espacios, sus usos. Pero también entra con detalle en el análisis de la organización del trabajo y de las actividades productivas, así como en el de la estructura social, en el sistema de clases, desde una perspectiva *emic*, y de las formas de vida asociadas a ellas, así como de los cambios que se están produciendo en su composición, o la conflictividad social derivada de este sistema, con disquisiciones sobre sus causas y soluciones, siendo su opinión que, más que la desigual distribución de la propiedad y la presencia del fenómeno latifundista, desde luego importante, es la falta de diversificación económica su causa principal, «*un problema de tipo sociológico-histórico que debe resolverse, tanto repartiendo mejor lo que existe, como creando lo que no existe*» (1990: 254)⁴³ y resalta la funcionalidad de todos los elementos del sistema (personas, construcciones, aperos, actividades...).

Hay que destacar en este trabajo la recuperación y análisis de la terminología local para las clases, tierras, áreas, tipos de cortijos y dependencias, actividades, trabajadores o empleados (cortijos, sus relaciones con las villas romanas tardías), medidas de las tierras, contratos, resaltando una asombrosa proliferación de vocabulario: «*Cada pequeña labor, cada función tiene su nombre específico, gráfico, pintoresco, de suerte que en una tierra en la que echamos de menos la división del trabajo social hay una división de conceptos y una multiplicación de palabras extraordinaria*» (1990: 262). O los paralelismos entre la estructura social de las áreas latifundistas y de las villas romanas,

⁴² En la que no faltan referencias a las visiones de los «otros» desde la campiña y desde la sierra, que remite a temas tratados en *La ciudad y el campo*.

⁴³ Otro aspecto de interés abordado en estos trabajos es la asociación entre bandolerismo y latifundio (y su comparación con la Italia rural del sur (1990: 262), cuestión que, con más detalle, aborda en este mismo libro en *La «germania» y la «camorra»* (1990: 339-350), publicado primero en Clavileño, 34, pp. 69-74, un interesante ensayo de sociología criminal histórica de las áreas rurales.

con la existencia de jornaleros urbanos libres, o la funcionalidad del sistema para el capitalismo agrario.

· Sobre pueblos españoles

Dentro de sus estudios sobre la ciudad mediterránea hay que citar, aunque sea someramente, algunos ensayos sobre cuestiones de urbanismo rural, que son marginales al ámbito de este artículo. Su trabajo sobre pueblos andaluces⁴⁴ se ocupa de la estructura urbanística y social histórica de algunos pueblos andaluces, en una línea de investigación que apenas ha tenido seguidores, salvo algunos geógrafos humanos. En su trabajo sobre las nuevas poblaciones de Sierra Morena y Andalucía⁴⁵ describe el proceso de creación de estas nuevas poblaciones y su organización social, económica y política. Estos trabajos son complementarios de sus estudios sobre la ciudad mediterránea⁴⁶, y constituyen interesantes aportaciones al estudio de los asentamientos rurales (que complementan sus trabajos sobre el sistema de poblamiento disperso del mundo rural vasco).

2.6. La tecnología y la cultura material de las sociedades rurales tradicionales

Los estudios sobre tecnología y cultura material arrancan de sus trabajos de juventud, anteriores a la Guerra Civil, ampliados y continuados en los años cuarenta y cincuenta. Un impulso decisivo a estos temas fue su paso por el nonato (nunca fue abierto) Museo del Pueblo Español⁴⁷. Al plantearse ese Museo manifiesta que «*quiso introducir ciertas normas que hicieran de él un museo científico y no un museo folklórico más. Por eso procuré prestar atención a hechos de distribución geográfica, exponer series tipológicas de aperos, herramientas, máquinas, etc.*» (1983: 9), lo que revela sus ideas sobre estos temas. Siempre vio el estudio de la tecnología (comparada) como una rama de la Antropología y reivindicó su importancia científica a la vez que ponía en guardia sobre su identificación con la Filosofía Utilitarista y el llamado «progreso técnico»⁴⁸, una posición contra los pseudobiologismos, los utilitarismos dogmáticos y los romanticismos populares.

El estudio de estos temas está disperso en muchos de sus trabajos etnográficos, pero su obra más sistemática es *Tecnología popular española* (1983), en la que estudia la tecnología de la vida agraria tradicional (menologíos y año agrícola, arados, azadas, hoces, guadañas, trillas y mayales, trillos, palas, carretas, tranchetes, prensas, yugos), molinos de viento, norias, azudes, cigüeñales y otros ingenios para elevar agua, tímpa-

⁴⁴ *Pueblos andaluces*, publicado originalmente en *Clavileño*, 26, 1954, pp. 63-75, reproducido en *Razas, pueblos y linajes* (1990: 195-217).

⁴⁵ *Las nuevas poblaciones de Sierra Morena y Andalucía. Un experimento social en tiempo de Carlos III*, publicado originalmente en *Clavileño*, 18, 1957: 52-64.

⁴⁶ Ya he mencionado *La ciudad y el campo*, dedicado casi enteramente a esta cuestión.

⁴⁷ Sus comentarios al respecto en *Tecnología Popular Española*, 1983: 10-11.

⁴⁸ Véase su artículo «El progreso técnico y el sentido utilitario» en *Estudios sobre la vida tradicional española* (1988:319-330).

nos y bombas de Ctesibio, y otras maquinarias de tradición antigua y medieval. En este libro reúne sus trabajos anteriores sobre estos temas publicados en *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* en los años cincuenta, entre ellos su famoso estudio sobre los arados españoles de 1949⁴⁹ y su artículo sobre los molinos de viento⁵⁰ mientras que otro libro más tardío, *Historia de los molinos de viento, ruedas hidráulicas y norias* (1995), es una ampliación del anterior. Estos trabajos pioneros, lamentablemente, no han tenido mucha continuidad en la historiografía española⁵¹.

Los estudios sobre tecnología no se reducen a un análisis tipológico, sino que comprenden multitud de aspectos, como sus orígenes y evolución histórica, su distribución geográfica, el análisis ergológico (físico), mecánico (o físico-matemático), biológico y químico, así como sus funciones (técnicas y utilitarias). En cuanto a las fuentes, además del trabajo de campo etnográfico, utiliza fuentes documentales y representaciones artísticas, y además registra la nomenclatura autóctona de territorios, asentamientos, terrenos, cultivos, prácticas, aperos, elementos de los utensilios, etc., en una suerte de «etno-tecnología» que diríamos hoy. Pero además relaciona el análisis de la tecnología con el sistema de conocimientos mecánicos y otros aspectos de la cultura local, y esto tanto más cuanto se trata de análisis de ingenios complejos, de industrias. Todo ello da un gran valor a estos estudios, que para el autor forman parte de la historia social y económica, sobre la que advierte que se debe evitar un excesivo esquematismo en la explicación del desarrollo de los procesos técnicos y un excesivo utilitarismo (1983: 25). Sus propios dibujos constituyen un complemento excelente para el estudio de estos temas.

3. EPÍLOGO

A pesar del reconocimiento público de la figura intelectual de Julio Caro Baroja, merecedor de numerosos premios y homenajes, entre ellos el *Príncipe de Asturias* de Ciencias Sociales (1983), de ser miembro de varias Academias, del respeto y veneración que se le profesa, su obra apenas aparece citada en los estudios sociológicos, históricos o antropológicos sobre la agricultura y la sociedad rural tradicionales, lo cual no deja de ser una paradoja. Su reconocido magisterio no se traduce en la presencia de su obra en las investigaciones actuales⁵². Pienso que se trata de un autor más reconocido que (hoy) verdaderamente leído. Tal vez su manera de hacer historia y antropología choque o no se ajuste a las prácticas académicas actuales al uso. Este desencuentro creo que se debe, más que a las limitaciones de su obra (que las hay, indudablemente) a las limitaciones de las prácticas (o modas) académicas actuales, que él caricaturizaba tanto. Y

⁴⁹ «Los arados españoles. Sus tipos y repartición (Aportaciones críticas y bibliográficas)», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, V, 1, pp. 3-96.

⁵⁰ *Disertación sobre los molinos de viento*, publicado inicialmente en *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, VIII, 1, pp. 3-96.

⁵¹ Una revisión de la investigación española sobre tecnología agrícola tradicional en Mingote Calderón (1990).

⁵² Coincido con Morales Moya sobre el escaso ascendente real y efectivo sobre historiadores y antropólogos (2005: 15).

creo sinceramente que somos los que nos dedicamos a estos temas los que más perdemos. Pero creo sobre todo que este desencuentro nos muestra la *insoportable levedad del ser* de nuestros oficios, la rapidez con que obras y autores desaparecen de las referencias intelectuales (explicitadas en las citas bibliográficas) de cada momento, con independencia del valor de aquellas y aquellos. Obras y autores dejan de ser citados y eso se consolida de forma un tanto enigmática. Esta sección de la revista *Historia Agraria* pretende, precisamente, rescatar de ese injusto olvido a autores y obras que fueron y son importantes para el estudio histórico social de la agricultura y de la sociedad rural españolas. Espero que esta nota, más personal que académica, sea una invitación a la lectura o relectura de la obra agraria y rural de Julio Caro Baroja.

REFERENCIAS

- CARO BAROJA, J. (1944): *La vida rural en Vera de Bidasoa (Navarra)*, Madrid, CSIC (Ver De la vida rural vasca).
- CARO BAROJA, J. [1957] (1990): *Razas, pueblos y linajes*, Murcia, Universidad de Murcia.
- CARO BAROJA, J. (1966): *La ciudad y el campo*, Madrid, Alfaguara.
- CARO BAROJA, J. [1968] (1988, 2ª edición): *Estudios sobre la vida tradicional española*, Barcelona, Península.
- CARO BAROJA, J. (1978): *Los Baroja (Memorias familiares)*, Madrid, Taurus.
- CARO BAROJA, J. (1974a): *De la vida rural vasca (Estudios vascos IV)*, San Sebastián, Txertoa. (Se trata de la 2ª edición, con nuevo título, de la obra *La vida rural en Vera de Bidasoa*).
- CARO BAROJA, J. (1974b): *Vecindad, familia y técnica*, San Sebastián, Txertoa.
- CARO BAROJA, J. (1974c): *De la superstición al ateísmo. Meditaciones antropológicas*, Madrid, Taurus.
- CARO BAROJA, J. (1976a): *Los pueblos de España*, Madrid, Istmo.
- CARO BAROJA, J. (1976b): *Baile, familia y trabajo*, San Sebastián, Txertoa.
- CARO BAROJA, J. (1981): *Paisajes y ciudades*, Madrid, Taurus.
- CARO BAROJA, J. (1983): *Tecnología popular española*, Madrid, Editora Nacional.
- CARO BAROJA, J. (1987): *Formas de cultura y vida tradicional de los pastores y vaqueros en la región de Cantabria*, Santander, Universidad de Cantabria,.
- CARO BAROJA, J. (1991): *Los pueblos de la península ibérica: temas de etnografía española*, Barcelona, Crítica.
- CARO BAROJA, J. (1995): *Historia de los molinos de viento, ruedas hidráulicas y norias*, Madrid, Instituto para la Diversificación y Ahorro de la Energía.
- CARO BAROJA, P. (1995): «La Navarra de mi hermano», en homenaje a Julio Caro Baroja, *Príncipe de Viana*, 206, sep-dic., pp. 557-562.
- GREENWOOD, D. J. (1971): «Julio Caro Baroja, sus obras, sus ideas», *Étnica. Revista de Antropología*, núm., pp. 79-97.
- LISÓN TOLOSANA, C. (1973): *Ensayos de Antropología Social*, Madrid, Ayuso.
- MINGOTE CALDERÓN, J. L. (1990): *Catálogo de aperos agrícolas del museo del pueblo español*, Madrid, MAPA.
- MORALES MOYA, A. (2005): «Julio Caro Baroja. Historia Antropológica», *Revista de Occidente*, 295, pp. 7-17.

- NEWBY, H. [1980] (1983): «La sociología rural institucionalizada», en NEWBY, H. Y SEVILLA GUZMÁN, E. (1983), *Introducción a la sociología rural*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 13-137.
- PÉREZ OLLO, F. (1995): «El ruido del aplauso», en Homenaje a Julio Caro Baroja, *Príncipe de Viana*, 206, sep-dic., pp. 563-568.
- PRAT CARÓS, J. (1983): «La antropología cultural en España», en FRIGOLÉ, J.; NAROTZKY, S.; CONTRERAS, J.; COMES, D. Y PRAT, J., *Antropología Hoy*, Barcelona, Teide, pp. 165-238.
- PRAT CARÓS, J. (1995): «Homenaje a Julio Caro Baroja», *Príncipe de Viana*, sep-dic., Año LVI, 206, pp. 557-1086.